



MAGIC, KAREEM, RILEY Y LA DINASTÍA DE LOS ÁNGELES LAKERS EN LOS AÑOS 80

Jeff Pearlman

Traducción de Guillermo Ortiz

CONTRA

Showtime: Magic, Kareem, Riley, and the Los Angeles Lakers Dynasty of the 1980s

© 2013, Jeff Pearlman

Todos los derechos reservados, incluido el derecho a reproducir la totalidad o fragmentos de este libro en cualquier forma o medio.

Publicado según acuerdo con Avery, un sello de Penguin Publishing Group, una división de Penguin Random House LLC

Dirección editorial: Didac Aparicio y Eduard Sancho

Traducción: Guillermo Ortiz

Diseño y maquetación: Emma Camacho

Composición digital: Pablo Barrio

Primera edición: Mayo de 2022

Primera edición digital: Mayo de 2022

© 2022, Contraediciones, S.L.

c/ Elisenda de Pinós, 22

08034 Barcelona

contra@contraediciones.com

www.editorialcontra.com

© 2022, Guillermo Ortiz, de la traducción

ISBN: 978-84-18282-75-1

© Andrew D. Bernstein / National Basketball Association vía Getty Images, de las fotos de Jerry Buss y de las Laker Girls de la cubierta

© Jerry Coli / Dreamstime.com, de las fotos de Magic Johnson, James Worthy, Kareem Abdul-Jabbar y Pat Riley de la cubierta y la contracubierta

© Sports Images / Dreamstime.com, de la foto de Kareem Abdul-Jabbar de la contracubierta

Queda prohibida, salvo excepción prevista en la ley, cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública y transformación de esta obra sin contar con la autorización de los titulares de la propiedad intelectual. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual.

Para mis tres diamantes: Catherine, Casey y Emmett.

Y luego se los comió un lagartosaurio.

Fin.

Índice

PRÓLOGO

PRIMERA PARTE

Cuando el sueño se hace realidad

- CAPÍTULO UNO El chiflado Jack Kent Cooke**
CAPÍTULO DOS De lenguados y hombres Marlboro
CAPÍTULO TRES El entrenador improbable
CAPÍTULO CUATRO Enganchado a los problemas
CAPÍTULO CINCO El accidente
CAPÍTULO SEIS La caída de Westhead
CAPÍTULO SIETE La maldita foto

SEGUNDA PARTE

Dominación

- CAPÍTULO OCHO El talento de Mr. Riley**
CAPÍTULO NUEVE Clark Kent
CAPÍTULO DIEZ Vida de club
CAPÍTULO ONCE A mejor vida
CAPÍTULO DOCE Earl
CAPÍTULO TRECE El virgen
CAPÍTULO CATORCE Worthy superstar
CAPÍTULO QUINCE Atrévete
CAPÍTULO DIECISÉIS Cristales rotos

CAPÍTULO DIECISIETE Motown
CAPÍTULO DIECIOCHO Adiós, Cap

TERCERA PARTE

El final de una dinastía

CAPÍTULO DIECINUEVE Desatado

CAPÍTULO VEINTE Bates

CAPÍTULO VEINTIUNO Aire fresco

CAPÍTULO VEINTIDÓS Shock

EPÍLOGO

AGRADECIMIENTOS

IMÁGENES

NOTAS

Sobre el autor

PRÓLOGO

«¿SPENCER HAYWOOD?».

El nombre queda flotando en el aire, suspendido, como atado al hilo de un globo. Sentado frente a mí, Jack McKinney me mira pensativo. Es un agradable día de febrero en Naples, Florida. Estamos en un patio interior, delante de unos vasos de agua con hielo. Los pájaros cantan. El viento silba suavemente de fondo.

Yo soy el periodista y estoy aquí para entrevistar al mejor entrenador desconocido de la NBA. Jack McKinney es el entrevistado y está aquí para contestar a mis preguntas. El problema es que no puede. Bueno, sí puede, pero no del todo. Las respuestas salen de su boca, se detienen, titubean... y el discurso empieza otra vez de cero. Cuando parece que una idea puede tener sentido, da un giro inesperado, como un coche que, para evitar un atasco, acaba en cualquier barrio perdido de la ciudad. A sus setenta y siete años, me insiste, su cabeza está llena de recuerdos maravillosos relacionados con el baloncesto: los ocho años felices que pasó como entrenador jefe en Saint Joseph's College; cuando trabajó de asistente en los Portland Trail Blazers, campeones de la NBA en 1977; los

momentos más íntimos con Kareem Abdul-Jabbar, Bill Walton, Jamaal Wilkes, Jack Ramsay... «Me acuerdo de un partido en concreto...», empieza a decir e inmediatamente se detiene. Sin más.

—¿Me puede recordar su nombre? —pregunta, mientras retira avergonzado la mirada.

—Jeff —contesto—, Jeff Pearlman.

—Es verdad. Me lo apunté cinco veces antes de que viniera. Esta memoria... discúlpeme, por favor...

Su mujer, Claire, le interrumpe desde la habitación de al lado: «¡Nada de dar pena, Jack! —grita—. Eso no es propio de nosotros».

La reprimenda hace que Jack McKinney se recomponga. Me mira fijamente, se pasa la mano por la barbilla, baja los ojos, los sube de nuevo y pregunta: «¿De qué estábamos hablando?».

—De Spencer Haywood —le digo— Usted le entrenó.

—¿Yo entrené a Spencer Haywood? ¿Está usted seguro?

Sobre la mesa, descansa una carpeta con el nombre de Jack McKinney marcado con rotulador marrón. En ella, he guardado las fotocopias de unos treinta artículos que narran los días de esplendor y decadencia de un hombre que, el verano de 1979, fichó por Los Ángeles Lakers para entrenar al equipo de Abdul-Jabbar —cinco veces MVP de la NBA—, Haywood —cuatro veces All-Star— y el base novato de la universidad de Michigan State, Earvin (Magic) Johnson. Las crónicas cuentan la historia de un jornalero del baloncesto de cuarenta y cuatro años al que por fin le

llegaba su gran oportunidad; una persona humilde y decente con el encargo de reflotar una franquicia que necesitaba un impulso, una chispa. En su primera conferencia de prensa, un radiante McKinney explicaba su filosofía a los medios de comunicación de Los Ángeles: «Mi idea es que corramos mucho más de lo que lo venimos haciendo, quiero un correcales constante —afirmó, de pie tras un estrado en la sala de prensa del Forum—. Mi idea es que todo el mundo se mueva en ataque, no quiero a cuatro tíos mirando a Kareem todo el rato y dejándole a él la patata caliente».

McKinney se encontró de inmediato con el apoyo de sus jugadores. Ignoró a quienes decían que Johnson, un mago de 2,06 metros, debía jugar de ala-pívot y no de base. Habló a menudo con el temperamental Haywood, un ala-pívot que había pasado por numerosos equipos y cuyo descomunal talento chocaba con una peligrosa tendencia al aislamiento y a los cambios de humor repentinos. No le importaba parar un entrenamiento para rectificar y aconsejar a Abdul-Jabbar cuando «nadie, y eso quiere decir *nadie*, se atrevía a hablarle así a Kareem», según Michael Cooper, escolta de los Lakers. En resumen, McKinney era el técnico adecuado para el equipo adecuando en un momento inmejorable. «Inventó el Showtime —afirma Norm Nixon, escolta All-Star en su etapa en Los Ángeles—. No deberíamos olvidar eso. Puedes hablar todo lo que quieras de mí, de Kareem, de Earvin, de Pat Riley... pero quien inventó el Showtime fue Jack McKinney».

Solo que, sentados aquí, en este patio, bebiendo agua con hielo a sorbos para intentar normalizar la situación, el hombre que inventó el Showtime apenas recuerda nada de aquello. Los Lakers empezaron la temporada 9-4, lo que llevó a Bruce Newman, de *Sports Illustrated*, a escribir un elogioso artículo titulado: TODOS AL SERVICIO DE L.A. Aunque en el terreno personal McKinney no era el hombre más glamuroso del mundo, a los aficionados les encantaba cómo hacía jugar al equipo. El entrenador anterior, Jerry West, legendario escolta de los Lakers de los sesenta y setenta, se había pasado tres años abusando de una táctica de lo más predecible: buscar a Kareem, esperar a Kareem, pasársela a Kareem, ver cómo Kareem lanzaba y confiar en que la bola entrase. «No era un prodigio de originalidad —apunta Nixon—, más bien todo lo contrario».

Y, de repente, aquí estaban los nuevos Lakers, brillando como luces de neón a lo largo de Sunset Strip y llenando el pabellón de exclamaciones de asombro. Johnson y Nixon formaban el dúo de bases más veloz de la NBA. Wilkes, el elegante alero, se deslizaba con clase hacia el aro. Haywood parecía rejuvenecido y Abdul-Jabbar, el estoicismo personificado, sonreía y disfrutaba como nunca en su carrera. El Forum, ese cementerio de ilusiones, volvía a vibrar como en los viejos tiempos. «El adjetivo es *divertido* —afirma Haywood—. Éramos un equipo divertido».

En aquellos días en los que la NBA no podía permitirse excesos, los equipos solo tenían un entrenador jefe y un

ayudante: el de McKinney era Paul Westhead, otro chico joven llegado de Philadelphia que había jugado para su jefe en Saint Joseph's antes de entrenar a La Salle durante nueve años. Al igual que a McKinney, a Westhead le encantaba el juego rápido, las sesudas discusiones sobre táctica y estrategia y, cuando el tiempo lo permitía, un buen partido de tenis.

La mañana del 8 de noviembre de 1979, el teléfono sonó en la casa de McKinney en Palos Verdes. Era el primer día libre para los Lakers después de un intenso inicio de temporada y Westhead estaba como loco por jugar en una pista de tierra batida que quedaba junto a su casa. La llamada despertó a McKinney.

—¿Te apetece jugar un rato al tenis? —preguntó Westhead.

—Claro —acertó a decir McKinney.

—He reservado la pista dos horas —insistió Westhead—. Podemos jugar tú y yo a las diez y luego unos dobles a las once con las chicas.

—¿Qué hora es? —preguntó McKinney.

—Las nueve y media.

—De acuerdo —concedió McKinney—. Dame tiempo para tomarme un café. Puedo estar ahí en media hora.

McKinney salió de la cama, se dio una ducha y apuró su café matutino. Cuando entró en el garaje, vio que Claire se había llevado el coche familiar a una reunión en la iglesia junto a, casualidades de la vida, Cassie Westhead, su mejor amiga y la mujer de Paul. Apoyada en la pared, descansaba

una bicicleta Schwinn Le Tour II roja y blanca que le habían comprado a su hijo John dos años atrás en una tienda de Lake Oswego, en Oregón. Desde que el chico se había sacado el carné de conducir, apenas la tocaba.

Hacía mucho que Jack McKinney no se montaba en una bici, pero eso es algo que no se olvida nunca.

«Por supuesto que no —me dice él mismo—. No se olvida nunca...».

«Spencer Haywood».

El nombre vuelve a salir de su boca, solo que esta vez con mayor firmeza.

—Lo entrené en Milwaukee, ¿verdad?

—No —le corrijo—, en los Lakers.

McKinney se me queda mirando, al principio confuso y luego desanimado. Sabe que estoy aquí para intentar entender mejor la historia de los Lakers del Showtime, una historia que, de no ser por un día libre y un partido de tenis, un garaje vacío y una bicicleta inestable, le tendría a él como protagonista, no como un nombre al margen al final de los títulos de crédito. Eso es lo que atormenta a todos los que conocen y aman a este hombre. No el paseo en bici en sí, sino todo lo que podría haber sucedido si ese paseo en bici jamás hubiera ocurrido. Si esa mañana del 8 de noviembre de 1979, Jack McKinney hubiera decidido no coger el teléfono o se hubiera quedado durmiendo o hubiera hecho a pie los dos kilómetros que lo separaban de

la pista de tenis... ¿Se hablaría ahora de Paul Westhead como de uno de los padrinos del baloncesto ofensivo, el afamado gurú que entrenó a Hank Gathers y a Bo Kimble cuando Loyola Marymount anotó 164 puntos en un partido universitario? ¿Tendría ahora Pat Riley cinco anillos de la NBA, además de ser un multimillonario especializado en charlas motivacionales? ¿Habrían mandado los Lakers a Nixon a los Clippers a cambio de un crío llamado Byron Scott? ¿Habrían elegido a Dominique Wilkins en vez de a James Worthy en el draft? ¿Se habrían quedado con Abdul-Jabbar una temporada más? ¿Habría tenido Johnson una carrera aún más brillante? ¿Habrían ganado los Lakers cinco títulos de la NBA, como hicieron a lo largo de los ochenta, o habrían sido seis? ¿Por qué no siete?

¿Estaría ahora Jack McKinney considerado por todo el mundo como uno de los grandes entrenadores de la historia de la NBA?

«No me cabe la menor duda —afirma Nixon—. Ni la menor duda».

Y el caso es que aquí estamos los dos, aún sentados, charlando y bebiendo agua. McKinney echa un vistazo a los distintos artículos de la carpeta, buscando recuerdos perdidos, algo que encienda una luz en su memoria. Después de los Lakers, volvería a entrenar, esta vez a los Indiana Pacers, por recomendación de Jerry Buss, propietario de los Lakers, carcomido por la culpa. A pesar de ser nombrado Entrenador del Año en la temporada 1980/81, no volvió a ser el mismo. En un momento dado,

los jugadores de los Pacers se vieron obligados a algo insólito: escribir sus nombres con rotulador negro en los pantalones de entrenamiento para que su entrenador no los confundiera. Años más tarde, durante su última etapa en los banquillos, jugadores de los Kansas City Kings contaron a la prensa que, en un tiempo muerto, McKinney se había referido a una jugada como «esa que hicimos contra Saint John's», el equipo universitario de Nueva York contra el que había entrenado cuando estaba en Saint Joseph's, diez años atrás.

Al final, McKinney tuvo que abandonar la NBA por completo y dedicó el resto de su carrera a vender productos deportivos. De vez en cuando, intentaba ver algún partido, pero el dolor por lo que podría (y debería) haber sido acababa con cualquier placer que le pudiera deparar el Lakers-Celtics de turno. McKinney no es un hombre resentido, pero no deja de ser humano. «La vida no siempre es justa —asegura—. No tengo quejas de cómo me ha ido. Me siento querido. Pero, ya digo, no siempre es justa...».

En toda su casa solo hay un objeto que invite a pensar que, en su día, ese hombre llegó a entrenar a los Lakers: una garrafa de cristal para servir vino con el nombre de la franquicia grabado en un lado. De vez en cuando, Riley, presidente de los Miami Heat, lo invita a algún partido de su equipo. «Riley siempre dice que, de no ser por mí, él no habría llegado a nada —afirma McKinney—. Que, sin mí, ...».

Silencio. Un largo, doloroso e incómodo silencio. Le quiero preguntar más a McKinney acerca de la dinastía de los Lakers, saber más de Westhead y de Riley, de Magic y de Kareem. Me gustaría saber si en algún momento se ha sentido abandonado, como si le hubieran negado en la puerta la entrada a una fiesta descomunal.

Le quiero preguntar tantas cosas que, cuando acaba nuestra entrevista, me limito a darle la mano y agradecerle su tiempo.

Jack McKinney es el máximo responsable del nacimiento del Showtime y de una era del baloncesto profesional.

Ojalá pudiera recordarlo.

PRIMERA PARTE

Cuando el sueño se hace realidad

CAPÍTULO UNO

El chiflado Jack Kent Cooke

EN CADA BRONCA A CLAIRE ROTHMAN, Jack Kent Cooke seguía los mismos pasos:

En primer lugar, se aseguraba de que siempre hubiera otro hombre en la sala. Podía ser un alto ejecutivo de otra franquicia de la NBA. Podía ser Jimmy, el fontanero del Forum. Qué demonios, incluso podía ser alguno de sus colegas de la infancia que estuviera de visita desde Toronto para ver el pabellón de Los Ángeles Lakers.

A continuación, elevando al máximo el tono de voz, Cooke exigía que Rothman, la vicepresidenta de contrataciones del Forum, viniera a verlo de inmediato. «Sra. Rothman — bufaba, rabioso—, ¡la quiero en mi despacho ahora mismo!».

Por último, en cuanto Rothman entraba por la puerta, empezaban los gritos. Era una situación desagradable, y en el noventa y nueve por ciento de los casos, innecesaria. Se habían quedado sin grapas. El filete del Forum Club no estaba suficientemente hecho. ¿Dónde están las nuevas

bombillas? Rothman había demostrado ser una visionaria en la gestión económica de un pabellón deportivo. Aun así, para el propietario de los Lakers no era más que una fulana con falda, un objeto de burla que Cooke, el Napoleón de Hollywood con sus 1,75 metros y sus setenta y tres kilos, utilizaba para afirmar su masculinidad.

«Y, ahora, antes de que se marche —solía gritar Cooke, asintiendo en dirección a los otros hombres—, repita conmigo: “No. Volveré. A. Cometer. Este. Error”».

Veza tras veza, Rothman repetía esas palabras y a continuación se marchaba corriendo, humillada.

«Voy a ser sincera: Jack Kent Cooke era un auténtico psicópata —afirma Rothman—. Sufrió un infarto y, al parecer, se quedó un tiempo sin oxígeno en el cerebro. Creo que eso le afectó, porque no estaba bien de la cabeza».

Este era, a principios de 1979, el hombre que dirigía una de las franquicias estrella de la NBA.

Este tipo era el propietario de Los Ángeles Lakers.

Poca gente sabía que Cooke estaba chiflado. Aunque en privado se comportara como un energúmeno, dentro del mundo empresarial —donde se tenía a los Lakers como un modelo de éxito—, todos consideraban a Jack Kent Cooke un genio de las finanzas.

Nacido en Hamilton, Ontario, el 25 de octubre de 1912, Cooke pasó de vivir en un hogar muy humilde (su padre, Ralph, era un modesto vendedor de marcos para fotografías; su madre, Nancy, ama de casa) a ganar una

pequeña fortuna comprando emisoras de radio y revistas con problemas económicos para venderlas después por mucho más dinero. Ganó su primer millón a los treinta y dos años y utilizó doscientos mil de esos dólares para comprar el 80% de los Toronto Maple Leafs, un equipo de béisbol de la International League. Cooke tenía un gran olfato comercial. En determinadas noches, los Maple Leafs repartían orquídeas y billetes de un dólar entre la afición. Otras veces, ofrecía abonos para tres partidos al precio de uno o permitía que las embarazadas no pagaran entrada si las acompañaba su marido.

Los viernes 13, todo el que apareciera con un gato negro podía entrar gratis. El equipo contrató a alguien para sentarse en lo alto del mástil de la bandera¹, y llegó a invitar al Maple Leaf Stadium a Fidel Castro para que hiciera el lanzamiento inicial.

En 1960, vendió la mayoría de sus negocios en Canadá, se plantó en Beverly Hills y puso sus miras en el deporte estadounidense. Pagó trescientos cincuenta mil dólares por el 25% de los Washington Redskins, de la NFL, y, en 1964, apuntaló su fortuna con la creación de American CableVision, una empresa especializada en mejorar la recepción de imágenes por televisión en zonas sin apenas señal.

Por último, al acabar la temporada 1964-65, compró los Lakers.

En aquel momento, el propietario de la franquicia angelina era Bob Short, un magnate de los transportes y

exabogado del Estado que, en 1960, había trasladado a los Lakers desde Mineápolis, su sede original.

Short no tenía mucho interés en vender el equipo. Los Lakers habían terminado la temporada con un beneficio de medio millón de dólares, una cifra brutal para una liga que aún luchaba por encontrar su sitio. Por eso, cuando Cooke —que no había oído hablar de los Lakers en su vida— pidió precio por la franquicia, Short le respondió con una cifra disparatada: 5.175.000 dólares.

«Le pedí que me enseñara un balance de pérdidas y ganancias y le dije que me lo pensaría —afirmó Cooke—. Lo que me mandó Short me resultó incomprensible, no conseguí enterarme de nada». Cooke no tenía ni idea de baloncesto, pero era un genio de los negocios. Aunque siempre se negó a admitirlo, lo que lo motivaba a la hora de comprar los Lakers era crear en el futuro una franquicia de la NHL en California. «Esa fue la única razón por la que se metió en los Lakers —dice Alan Rothenberg, parte por entonces del departamento jurídico de la franquicia—. A Jack Kent Cooke lo que le gustaba era el hockey».

En 1966, los Lakers jugaban en el Los Ángeles Sports Arena, un recinto que llevaba siete años abierto y que quedaba a tiro de piedra del campus de la Universidad del Sur de California. Solo había otro equipo profesional que utilizara regularmente el pabellón, y eran los Blades, de las ligas menores de hockey. Cuando la NHL anunció su plan para ampliar la liga hacia el oeste, Cooke se reunió con la Comisión Coliseo, que controlaba todo lo referente al

deporte en la ciudad, y les prometió construir un nuevo estadio con su propio dinero.

Nadie creyó a Cooke. ¿Otro pabellón en L.A.? Sí, claro, y ya puestos, ¿por qué no construimos también otro Dodger Stadium? «Si repasas los periódicos de la época, todo el mundo pensaba que iba de farol —dice Rothenberg—. La comisión aceptó con condiciones y le concedió un equipo, convencidos de que jamás conseguiría construir el pabellón».

Pero lo consiguió. El Forum, que costó dieciséis millones de dólares, era, según un irónico artículo de Bill Brubaker en el *Washington Post*, «un modesto recinto con columnas de diecisiete metros y asientos de lujo para diecisiete mil personas». Aunque técnicamente estaba a veinticinco kilómetros, en el depauperado suburbio de Inglewood, el Forum quería representar todo el glamur y el brillo de Hollywood. Cooke dijo de él: «Es lo mejor que se ha construido desde el Coliseo Romano», y añadió: «Quizá en doscientos años, o incluso dos mil, la gente aún hable del Forum como de uno de los grandes edificios del siglo xx».

En 1967, los Kings de Los Ángeles —también propiedad de Jack Kent Cooke— debutaron en la NHL, compartiendo el Forum con los Lakers. En poco tiempo, Cooke se convirtió en una de las figuras más relevantes del mundo del baloncesto: fichó al pívot Wilt Chamberlain en 1968, ganó un título de la NBA en 1972 y cerró con Milwaukee en 1975 el traspaso de Kareem Abdul-Jabbar, otro pívot dominante que pasaba por el mejor momento de su carrera.

En los catorce años que Cooke fue propietario de los Lakers, el equipo ganó 673 partidos y perdió 472, jugó seis finales de la NBA y solo acabó tres temporadas con un registro negativo. «Mr. Cooke era un genio en muchos sentidos —afirma Joan McLaughlin, directora de recursos humanos de los Lakers durante más de treinta años—. Era un tipo rápido tomando decisiones y muy inteligente a la hora de dirigir sus negocios».

Y aun así...

«También podía ser un perfecto hijo de puta».

El 8 de marzo de 1973, Cooke sufrió una grave trombosis coronaria, estuvo de baja dos meses y cuando regresó al trabajo pareció imponerse la responsabilidad de acabar con la autoestima de todos sus empleados. Llamaba por teléfono a sus trabajadores solo para ver si contestaban antes del tercer tono. De lo contrario, los despedía. Reprendía después de cada derrota a Bill Sharman, el *general manager* del equipo, y bajaba al banquillo de los Kings para abroncar a entrenadores y jugadores por igual. Le prometió a Rothman una generosa bonificación si conseguía contratar para el Forum más de ciento ochenta y cinco eventos por año. Cuando logró el objetivo, Rothman le pidió el dinero y Cooke la echó de su despacho de malos modos. Si se cruzaba con una empleada, le pedía que se girara para poder verla bien y criticar a continuación su ropa y su aspecto. «Le gustaba montar el número delante de todos —dice McLaughlin—. Creía que así nos impresionaba». Según un exjugador de los Kings, Cooke le

pidió una vez a un empleado que se quitara la chaqueta... y luego cubrió con ella a Coco, su querido perro. En 1976, aunque su fortuna personal se estimaba en cien millones de dólares, Cooke solo pagaba ocho mil cuatrocientos al año al responsable de mantenimiento de su casa. Chick Hearn, el legendario comentarista de los Lakers, solía contar la historia de cómo le sugirió a Cooke que el nuevo edificio — llamado «Forum», sin más— pasara a llamarse «El Fabuloso Forum». Cooke quedó encantado con la propuesta. Tan encantado que le dijo a Hearn: «Esta semana te has ganado una prima». La prima consistió en una fotografía de bolsillo del propio Jack Kent Cooke. Según Rod Hundley, exjugador y comentarista de los Lakers, «era el mayor gilipollas sobre la faz de la tierra».

A pesar de no ser una persona precisamente popular, se podría decir que, en estos años entre mediados y finales de los setenta, Cooke era el hombre más poderoso del mundo del deporte. El mismo mundo que, en el fondo, ansiaba abandonar.

El 28 de octubre de 1977, el *City News Service* publicó un artículo que conmocionó incluso a los aficionados más optimistas de los Lakers:

El empresario deportivo Jack Kent Cooke puede verse obligado a vender parte de sus acciones en tres equipos profesionales para afrontar el acuerdo de divorcio con su mujer, según se ha sabido hoy.

Jeannie Cooke pide la mitad de una fortuna estimada en cien millones de dólares y que incluye la propiedad

de Los Ángeles Kings, los Lakers y los Washington Redskins, afirmó su abogado Douglas Bagby.

(...) Los abogados de la Sra. Cooke estiman que las propiedades de Cooke, de sesenta y cuatro años, entre las que hay que contar también el Forum y dos millones de acciones de Teleprompter, tienen un valor aproximado de cien millones de dólares.

Cooke no tardó mucho en abandonar su lujosa propiedad en Bel Air e instalarse en Las Vegas. Aunque, en público, lo achacó a la necesidad de asumir nuevos retos en una ciudad fascinante, lo que en realidad buscaba Cooke en la tierra de los dados locos era un refugio fiscal. Gracias a las leyes del estado de Nevada, Jeannie Cooke no podía tocar ni un céntimo de la fortuna de su marido mientras este residiera allí. Si la que pronto sería legalmente su exmujer quería el dinero, tendría que perseguirle hasta Nevada para conseguirlo. El resultado fue un divorcio que, durante un período de dos años y medio, requirió de cuarenta y un abogados y doce mil páginas de documentos. «No era de los que se rendían —afirma Rothenberg—. Sabía que en Las Vegas estaría más protegido... aunque, si te soy sincera, tengo la impresión de que también quería cambiar de vida y dejar atrás Los Ángeles de una vez».

En medio de toda esta locura, Cooke hizo saber que, si alguien estaba interesado en comprar los Lakers, los Kings y el Forum (a la venta en un mismo paquete), él estaba más que dispuesto a escuchar ofertas.

«¿Por qué jugáis en esa pocilga?».

La pregunta de Claire Rothman le sentó a Jerry Buss como una patada en la entrepierna. *¡Esa pocilga!* El Los Ángeles Memorial Sports Arena no era ninguna pocilga... De acuerdo, los asientos estaban algo sucios, la iluminación era terrible y el barrio daba miedo, pero ¿tanto como una pocilga?

Buss, de cuarenta y un años y propietario de Los Ángeles Strings en el recién creado World Team Tennis, nunca le había dado demasiadas vueltas al asunto. Cuando compró los Strings en 1974, no tenía experiencia alguna en el deporte profesional y eligió el Sports Arena porque era lo único disponible.

Poco después, en el invierno de 1975, llegó la llamada de Rothman. «No fue algo planeado, me puse en contacto con él solo porque era el propietario de los Strings y nosotros teníamos fechas libres en el Forum —afirma Rothman—. Recuerdo que le dije que su equipo debería jugar en el Forum y su respuesta fue “No me lo puedo permitir”».

«Muy bien —contestó Rothman—, entonces te haré una oferta que no podrás rechazar».

Ese mismo día, Buss acudió al Forum, se reunió con Rothman y acabó comprando uno de los palcos del pabellón por doce mil quinientos dólares. Antes de marcharse, Rothman le presentó a Jack Kent Cooke. Los dos hombres comieron en la Sala de Trofeos del Forum y, aunque solo tenían dos cosas en común (el amor por el deporte y una

enorme cantidad de dinero), conectaron de inmediato. A Buss le gustaba la franqueza de Cooke y su facilidad para convertir en oro todo lo que tocaba. A su vez, Cooke se sentía identificado con la peripecia vital de Buss y cómo se había hecho a sí mismo de la nada. Los dos eran ricos y venían de fuera de Los Ángeles (Cooke, de Toronto; Buss, de Kemmerer, Wyoming). Desde la pobreza, habían logrado hacerse un nombre. Buss, licenciado por la Universidad de Wyoming y con un doctorado y un máster en química por la Universidad del Sur de California, era un magnate de la industria inmobiliaria. Había empezado en 1959 con un edificio de catorce apartamentos en el oeste de Los Ángeles y, veinte años más tarde, contaba con más de setecientas propiedades, desde hoteles y edificios de viviendas a extensos terrenos aún sin construir. Cooke coincidía en su forma de ver el mundo y Buss no tardó mucho en decidir que los Strings jugarían en el Forum. «Eso ayudó mucho», reconoce Rothman.

Los dos empezaron a hablar con cierta frecuencia: Buss escuchaba mientras Cooke presumía de tal éxito o de tal victoria. Era un presuntuoso insufrible, admitía Buss a sus amigos, pero tenía motivos para serlo. Formaban una curiosa pareja. Buss llevaba vaqueros («Unos Levi's tan desgastados que daba asco verlos», según un artículo de William Oscar Johnson en *Sports Illustrated*) y una camisa californiana siempre arrugada, con los botones de arriba desabrochados. En una ocasión, rechazó el papel de Hombre Marlboro para un anuncio de la marca de

cigarrillos. No era ningún bocazas y, a diferencia de Cooke, le gustaba relacionarse con sus empleados. En plena negociación con Jimmy Connors para que jugara con los Strings, Buss se enteró de que el famoso tenista iba por ahí presumiendo de su nuevo Porsche negro. Cuando se volvieron a ver, Buss apareció con un Maserati recién salido del concesionario. Saltó del coche y se acercó a Connors agitando el llavero. «¿Lo quieres? —le preguntó—. Pues solo tienes que firmar el contrato». (Connors, abrumado, acabó rechazando la oferta).

En los primeros meses de 1978, Cooke tomó una decisión: vender sus activos en Los Ángeles (bajo el nombre oficial de California Sports, Inc.) y centrarse en los Washington Redskins. Aunque recibió ofertas de siete empresas distintas, Buss siempre tuvo preferencia. Cooke sabía perfectamente lo mucho que le interesaba el deporte. En 1970, Buss se planteó comprar Los Ángeles Stars, de la ABA. Algo más tarde, intentó quedarse con un porcentaje de los San Diego Conquistadores, también de la ABA, a cambio de la mitad de uno de sus resorts, el Ocotillo Lodge. Recientemente, se había insinuado a los Oakland Athletics y a los Chicago White Sox, todo para marcharse una vez más con las manos vacías.

Aunque eran buenos amigos, las negociaciones no iban a ser fáciles. Cooke se desmarcó con unas exigencias disparatadas: «Insistió en que Jerry le comprara una casa en Las Vegas a la chica con la que estaba liado, además de otras excentricidades por el estilo», afirma Charline

Kenney, asistente de Buss. La revista *Sports Illustrated* resumió así la que todavía es la operación más compleja de la historia del deporte americano:

Buss y sus socios pagarán cuarenta y tres millones y medio de dólares por el Forum y el Rancho Raljon, cerca de Bakersfield. Aparte, Buss pagará veinticuatro millones por los Lakers y los Kings y será el único propietario de ambos equipos. Él y sus socios asumirán una hipoteca sobre el Forum de unos diez millones. Cooke puede quedarse con los treinta y siete millones y medio restantes en efectivo u optar por veinte millones en efectivo y treinta y siete millones y medio en propiedades, a elegir entre las que le ofrezca Mariani-Buss Associates, la empresa de Buss. Cooke tiene más de un mes para decidir qué forma de pago le conviene, aunque, en palabras de Buss, «supongo que elegirá la mejor opción desde el punto de vista fiscal y se quedará con las propiedades inmobiliarias. Si solo cogiera el dinero, tendría que pagar unos nueve millones o más en impuestos».

Lo que no mencionaba el artículo era que una de estas propiedades inmobiliarias era el Edificio Chrysler, la leyenda de setenta y siete plantas en pleno centro de Nueva York, que pasó así a manos de Cooke. «Todo era desproporcionado—afirma Rothenberg—. Se estaban intercambiando los bienes más deslumbrantes como si

fueran fichas de casino. Participar en aquello fue algo increíble».

La compra se anunció formalmente el 27 de mayo de 1979, con este sobrio titular en la portada del *New York Times*: VENDIDOS UN PABELLÓN Y DOS EQUIPOS DE LOS ÁNGELES.

«Fue algo genial —afirma Jeanie Buss, la hija de Jerry—. A los dieciocho años, que papá fuera el dueño de los Lakers molaba, pero que también lo fuera del Forum era la leche: podía ir a ver a Rod Stewart y sentarme en primera fila».

Dos horas después de darse el apretón de manos definitivo, Buss compró una botella de Jack Daniel's, entró en el Forum, encendió la luz del marcador, se sentó en el parqué y se dispuso a emborracharse. «¡Todo esto es mío! —gritó, tirado en mitad de la cancha—. ¡Todo esto es mío, coño!».

Y, sin embargo, aún quedaba trabajo por hacer.

Jack Kent Cooke no era de los que desaparecían de la noche a la mañana.

CAPÍTULO DOS

De lenguados y hombres Marlboro

EARVIN JOHNSON QUERÍA UNA HAMBURGUESA.

Como a todo chico de diecinueve años, le encantaban las hamburguesas, la pizza, las patatas fritas y cualquier otro alimento llamado a bloquear sus arterias. El problema era que, junto a él, en la mesa, estaba Jack Kent Cooke, la última persona a la que uno se imaginaría pidiendo una hamburguesa.

Johnson tenía hambre.

Se *moría* de hambre.

Era una cálida tarde de mayo en Los Ángeles y el jugador más espectacular del baloncesto universitario desde los tiempos de Pete Maravich, el base de Louisiana State que había maravillado al mundo diez años atrás, estaba de visita para decidir qué era mejor: volver a la Universidad de Michigan State y empezar su tercer año o incorporarse ya a una liga profesional azotada por las bajas audiencias, el pasotismo de los jugadores y una base de aficionados cada vez más reducida. En East Lansing, Michigan, Johnson